

CÉZANNE

¿Cézanne?... ¡Es un ser indefinible!... Se ha escrito mucho sobre él. La verdad, no lo he reconocido en ninguno de esos libros. El poeta Gasquet ha dicho algunas cosas acertadas... El pensamiento de fondo de Cézanne, creo, se le ha escapado a todo el mundo, y, por mi parte, no he podido nunca deslindar la seriedad de la ironía de sus intenciones. Estoy convencido de que toda su vida se ha burlado de cierto personaje, que se le ha presentado como una especie de fante bilioso, inocente y grotesco. Era muy susceptible y tenía en gran opinión su valía. Cuando se dio cuenta de que sus esfuerzos no producían más que risa, se puso una máscara de socarrón campestre. Estando en Giverny, donde se alojaba en una casa vecina, un día fue a Médan para visitar a su viejo amigo Zola... Volvió al poco, y, como me extrañó, él se explicó: «Es que ha llegado un *grrran* personaje, señor Monet. ¡El señor Busenach!

¡Ahí es nada, tan *grrrande* que no se puede aguantar! Así que me he vuelto...».

Busenach era un amable empresario que ponía en escena las novelas de Zola. Se encontraba en Médan por causalidad y había eclipsado sin querer al pobre Cézanne, que había llamado a la puerta. Me contó su huida sin aparentar resentimiento, pero con una media sonrisa marcada bajo el bigote. Y además está ese acento suyo de la Provenza, duro y metálico, que les da un aire burlón a las historias más serias...

Cézanne venía a veces al café Guerbois, donde nuestro grupo se reunía después de la guerra de 1870. Vestía siempre como le daba la gana, más bien descuidado, y para sujetar el pantalón llevaba una cinta roja, como la de los obreros...

—Los obreros de los tiempos de *La Taberna*, mi querido maestro. Hoy día Coupeau lleva tirantes, un sombrero elegante, es un fiel de *Paris-Sport*, del «Vel d'Hiv», y tiene su boxeador favorito...

Manet, por el contrario, siempre se mostraba como un gentleman: guantes, el bastón entre los dedos, un sombrero de copa bien calado. En una ocasión entró Cézanne y echó una mirada rápida al grupo. Cuando entraba, Cézanne lanzaba una mirada desafiante sobre la reunión. Después, abriendo su abrigo con un movimiento de cadera muy zíngaro, se subía el pantalón ajustándolo ostensiblemente con su cinta roja. Luego estrechaba la mano a todo el mundo. Pero en presencia de Manet, se descubría y le decía entre risas: «No le

doy la *manno*, señor Manet, no me la he lavado desde hace ocho días».

Se burlaba de Manet, era evidente. Pero Manet le correspondía con desprecio. Manet nunca consintió unirse a nuestro grupo y figurar en nuestras exposiciones particulares. Al contrario, coqueteaba con las oficiales, que lo rechazaban igualmente. La pintura de Cézanne le era particularmente antipática. No comprendía su talento, al menos en aquella época, pero yo pensaba que cambiaría de criterio, como lo había hecho tantas veces. Tenía un argumento decisivo cuando se le presionaba para que fuera uno de los nuestros: «No me mezclaré jamás con el señor Cézanne». Por mi parte, experimenté la ironía de Cézanne. Le había escrito para invitarle a instalarse en Giverny, donde me había enviado a un joven pintor en el que estaba interesado. «La amistad de un gran hombre es un regalo de los dioses», me respondió.

Cézanne ha sido para mí, durante mucho tiempo, un enigma. Había leído apologías frenéticas del maestro de Aix-en-Provence, pero no me fiaba de los pitonisos que se excitan ante unas pocas obras. Yo quería verlo todo. Las colecciones públicas habían casi vetado a Cézanne, y las telas en venta no eran siempre muy interesantes. En fin, me dediqué a examinar las colecciones privadas. Cézanne se me reveló como un Flaubert de la pintura, un poco pesado, tenaz, aplicado, rabiosamente dedicado a perseguir un ritmo inquebrantable de espacios y colores, con frecuencia logrado, y a veces aproximándose, e intentándolo como un genio que lucha patéticamente para dar lo mejor de sí mismo. Cuando es bueno, es

excelente, y sus errores no dejan de ser también lecciones. El error, al fin y al cabo, ¿no es también fermento?

Sí, así es. Cézanne batallaba por encontrar su propia mirada, ¡y qué lejos llega cuando lo consigue! Tengo ahí arriba algunos cuadros de Cézanne, admirables, sobre todo un *Negro* [il. 6], de gran categoría. Este hombre no pensaba más que en pintar, no quería otra cosa que pintar... ¡Y jamás hacía concesiones!... Al principio intentó entrar en el Salón, conseguir el éxito. Pero cuando le llegó, ya al final de su vida, no le interesó. La venta no le interesaba especialmente. Y mandaba a sus hijos a esos menesteres: «Diríjense al pequeño», decía... Renoir quería mucho al hijo de Cézanne, sobre todo porque tenía una fuerza hercúlea y podía ayudarle a bajar del coche. Se les ha calumniado y explotado a los dos, a Renoir y a Cézanne. A éste, por su inocencia, su ingenuidad, que le mostraba como una presa fácil, y porque los asuntos cotidianos le aburrían. A aquél, por su glotonería. Cierta traficante acudía siempre a Cagnes cargado de pastelillos, langostas, ostras o viejas botellas... Después de comer le dejaba que husmeara en el estudio a su gusto para que escogiera lo que quisiera. A veces se llevaba algún lienzo, y Renoir se enfadaba de verdad y exclamaba: «¡Qué débil soy ante un plato!»... Para él, como para Cézanne, no existía nada aparte de la pintura, que perseguían con ahínco, intentando mejorar, conseguir la perfección. Los dos vivían en permanente esfuerzo. ¡Qué ejemplo!... ¡Ah! No hay punto de comparación con nuestro tiempo. Hoy día me parece que hay una cierta pereza, un cierto dejarse ir... Los artistas

son conformistas, se quedan a medias, se contentan con las probaturas... No quiero nombrar a nadie, pero aquí han venido pintores jóvenes. Les he enseñado mis *Nenífares* [il. 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17]. Pues bien, para ellos, con los bocetos basta. Es inútil ir más allá, buscar otra cosa... «¿Para qué? —dicen—, ¿no he llegado ya a lo esencial?»... ¡Ah, si Cézanne lo hubiera oído! ¡Él, que volvía cien veces sobre el mismo lienzo!